Tristeza de los cítricos

VOCES / LITERATURA

COLECCIÓN VOCES / LITERATURA 287

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Liliana Blum, *Tristeza de los cítricos*
Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-8393-263-6
Depósito legal: M-27292-2019
IBIC: FYB

© Liliana Blum, 2019
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Liliana Blum

Tristeza de los cítricos

PÁGINAS DE ESPUMA

ÍNDICE

Conejillo de indias 13
Luz de mi vida, fuego de mis entrañas 29
Cactus 41
Picota. 53
Una novia para Kafka 67
Desnuda como un sándwich de carne 81
Agua en los pulmones. 91
Madriguera 105
El diablillo de la balsa. 123
Palabras bajo tierra 145

If you had a heart, that is how it would be broken

Joyce Carol Oates, *Zombie*

Para Susana Ramírez, Jean Laffitte, Laura Casas,
Enrique R. Peschard, Milena Solot, Fernando Jiménez
y Atenea Cruz: que me queden ustedes siempre.

Conejillo de indias

I

Sábado al fin. Lucía se levantó de la cama con ese pensamiento y una sonrisa. Las ensoñaciones que acumuló en su mente durante todos los otros días iban a tomar forma al fin. La semana había sido eterna. Así eran todas desde que conoció a Marcelo. Caminó por el pasillo rumbo a la cocina, moviendo un poco las caderas al ritmo de una musiquita dentro de su cabeza. La casa olía a encierro: abrió la ventana que daba al patio y el jardín. Se habría fijado en el polvo acumulado en el alféizar, pero algo más capturó su atención. Una de las macetas parecía haber sufrido un ataque con granada: sus entrañas de tierra expuestas, fragmentos de planta y trozos de barro yacían dispersos por los adoquines. No eran ni las ocho de la mañana. Sin pensar, su dedo índice fue a posarse sobre el lagrimal para quitarse una lagaña: tardó unos segundos en procesar la totalidad de la escena. No era muy buena para la jardinería, pero

intentaba mantener vivas las plantas en las macetas más bonitas que podía encontrar: un ama de casa se valora por la limpieza de su hogar, el cuidado de su jardín y el buen cuerpo a pesar de los hijos.

Por la brutalidad de la imagen no había advertido en primera instancia al Capitán Capibara, pero el grito de Eloísa la arrancó de tajo de aquella mezcla de indignación e incredulidad ante el destino de las violas. Se sorprendió por encontrar a su hija allí. ¿Por qué le afectaba a ella la tragedia de aquella planta si la única preocupación de la niña a esa hora era ver Discovery Kids? Aquello era tragedia para señoras de cierta edad. Su abuela solía decir que una maceta rota en la mañana era presagio de un mal día que solo empeoraría a medida que corrieran las horas. Pero Lucía no era supersticiosa, sino pragmática. Aquello solo significaba más trabajo para ella. Las caritas formadas por las motas de los pétalos regadas entre la tierra contribuían a dar el efecto de una masacre.

Cerró los párpados y se convenció a sí misma de que ese accidente no podía arruinar su sábado: nada que no pudiera resolverse con una visita al vivero, una escoba y un recogedor. El sábado era el mejor día. Algo tan nimio como eso no cambiaría sus planes. Abrió los ojos y percibió el cadáver del cobayo. Extendido tras una tortuga de barro que albergaba a las dalias, con la cabeza destrozada por detrás, parecía llevar una corona de cuajos de cerebro y sangre. Comprendió al fin el grito de su hija que, aullando, tiraba con fuerza de su ropa, como si quisiera castigarla a ella por la muerte de su mascota.

¿Le daría tiempo a limpiar aquello antes de su cita?

II

Un, dos, tres, cuatro… y cinco. Lucía contó despacio, con parsimonia, antes de cortar el chorro del aceite y poner el sartén sobre la flama. Vertió todo un tramo de chorizo hasta verlo expulsar su propia grasa rojiza sobre el teflón. Luego de unos minutos, cuando el aroma inundó la cocina, fue rompiendo uno a uno los cinco huevos para incorporarlos. El desayuno tan bellamente dispuesto frente a él provocó en César esa expresión de gula que ella conocía muy bien: un vaso con medio litro de jugo de naranja, una taza de café con leche, cinco tortillas de harina y los huevos con chorizo, brillantes como charol. Lucía lo miró engullir aquello desde la puerta de la cocina. El doctor le había prohibido grasas, azúcares y alcohol, además de haberle ordenado una vida menos sedentaria. Prediabético, hipertenso, con más placa en las arterias que un hombre del doble de su edad, el candidato ideal para un infarto. Pero su marido no daba indicios de entender los riesgos de ignorar las recomendaciones médicas. ¿Por qué, entonces, le había preparado Lucía aquel desayuno? Era obvio: no lo quería y le daba igual lo que le pasara; aún más, si se moría pronto por comer así, mejor. No. No era cierto. Lo hizo porque lo amaba tanto que no podía negarle nada, porque lo respetaba y sabía que era un adulto capaz de tomar sus propias decisiones, y no quería actuar como si fuera su madre.

Regresó a la cocina. El reloj con silueta de cafetera de la pared parecía estático. Se volvió a sentir como en la primaria, contando los minutos para salir de clase. Comenzó a preparar un huevo estrellado y sirvió un vaso de leche con

chocolate para Eloísa. Cuando escuchó la voz de César, estaba a punto de ponerle unos ojitos de catsup a la yema.

–¿Por qué está llorando la niña?

Lucía enderezó la espalda y respiró hondo para controlarse: le crispaba que César se refiriera así a su hija, sobre todo porque Eloísa estaba sentada frente a él en la mesa. ¿No podía preguntarle? Desde la barra de la cocina, ella gritó como si estuviera muy lejos:

–Elo, dile a tu papá qué pasó.

Lucía terminó de pintarle una boca a la cara amarilla y decoró las orillas con picos rojos para simular un sol. Le puso un popote al vaso y contempló su obra: podrían decir lo que fuera de ella, pero nunca descuidaba a su hija. Al contrario, detalles como este hacían que Eloísa diera gritos de alegría y se colgara de su cuello para decirle que era la mejor mamá del mundo. Pero hoy el esfuerzo se vería neutralizado por la muerte del roedor vegetariano que la esclavizaba obligándola a cortar dos veces al día trozos de apio, zanahoria y lechuga para alimentarlo.

–Mataron al Capitán Capibara, papi.

La voz de Eloísa se quebró; la niña sorbió mocos y luego usó el dorso de la mano para limpiarse. Lucía entró en ese momento y puso el huevo-sol frente a su hija. César hizo contacto visual con ella, esa expresión patética de perfecto inútil, como siempre que no sabía cómo actuar con Eloísa. Con el paso de los años, ambos habían llegado a perfeccionar aquella comunicación no verbal hasta llegar a niveles insospechados: incluso a veces podían mandarse al carajo con un simple gesto, o incluso un suspiro con la fuerza adecuada. Se acercó para recoger la taza vacía de su marido y le susurró:

–El cuyo –luego, en voz más fuerte–: voy a traerte más café.

–¿Qué le pasó al cuyo, mija? –preguntó él con falsa seguridad.

–Tenía la cabeza toda explotada por atrás. –La niña se cubrió la cara con las manos y se soltó a llorar–. Solo tenía su carita…

Lucía contuvo el aliento por unos segundos haciendo acopio de paciencia. Tras descubrir el cadáver, le había tomado casi media hora hacer que su hija dejara de llorar y ahora estaba chillando otra vez. ¿Podría volver a calmar a Eloísa y aun así llegar a tiempo a su cita?

–¿La cabeza, dices? –César introdujo un tenedor lleno de huevo en la boca y ella rogó a los cielos que no continuara hablando mientras masticaba. ¿Pero cuándo han escuchado los santos las plegarias de una esposa?–. Si le arrancó la cabeza, entonces fue un cacomixtle –dio un trago a jugo de naranja–. No hay duda.

El hombre masticaba y discurría al mismo tiempo sobre los hábitos depredadores de esos animales. El ruido de la comida triturada, la saliva haciendo su parte en el proceso de deglución y la mandíbula moviéndose obligaron a Lucía a recoger rápido algunos trastes usados y volver a la cocina en busca de refugio. Era repugnante. Quisiera pensar que si de novios lo hubiera visto hacer algo así, jamás se habría casado con él. ¿Estaba ciega? ¿O a partir de cierto tiempo a él dejaron de importarle los modales? Al menos Eloísa ya había dejado de llorar y escuchaba con interés la información sobre el asesino del Capitán Capibara.

Lucía abrió el grifo para lavar los trastes. Mezclada con el sonido del agua, llegaba a sus oídos la voz de su marido describiendo el *modus operandi* de los cacomixtles. El olor